

INKA PAREI

LA CENTRAL DE FRÍO

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE ROBERTO BRAVO DE LA VARGA

BARCELONA 2017



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Die Kältezentrale*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2011 by Schöffling & Co. Verlagsbuchhandlung GmbH,
Fráncfort del Meno
© de la traducción, 2017 by Roberto Bravo de la Varga
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-16748-51-8
DEPÓSITO LEGAL: B. 13 877-2017

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

La llamábamos la central de frío. Era una sala grande: seis metros de largo por cuatro de ancho. Las únicas ventanas estaban fuera, en el pasillo: una interminable hilera de cuadraditos que se extendía por todas las plantas. Recuerdo que los cristales siempre estaban sucios. La central térmica que teníamos al lado cubría de carbonilla el cielo un día sí y otro también. Era imposible mantenerlos limpios.

El director de nuestro departamento se paraba con frecuencia delante de aquellos cristales cuando subía la escalera por la mañana. Yo solía estar sentado en el escritorio y no alcanzaba a ver el pasillo a través de la puerta de vidrio, pero cuando tenía el primer turno era distinto: me levantaba a por el libro de registro que teníamos en un armarito sobre el lavabo o, si aún no había desayunado, me acercaba a la alacena a por algo de café o iba al frigorífico, y ahí estaba Buchwald, puntual como siempre, a las siete menos cuarto.

Parece que lo estoy viendo ahora mismo delante de mí. Se detiene un momento. Mira afuera a través de la suciedad. Algunas veces levanta el brazo y rasca algo con la punta del dedo. No lo soporta, pero no sabe qué hacer.

¿Qué pensaba en esos momentos? ¿Qué pensó aquella mañana de mayo? ¿Se fijaría en un camión que salió de la planta sin carga?

Aún me quedan doce horas para comprender todo lo que he vivido en los últimos días, para relacionar las imágenes que he recopilado con las que conservo en mi recuerdo, en

las capas más profundas de la memoria, para sacar las conclusiones correctas.

He hecho un gran esfuerzo para llegar hasta aquí, aunque siempre me lo había imaginado de una manera distinta. Me veía sentado en la habitación que alquilé en Berlín hace una semana, en el sillón azul desde el que se ve uno de los cruces de Wedding. Allí podría revisar tranquilamente toda la información, reorganizarla y reflexionar, volver una y otra vez sobre lo que ocurrió aquella noche, hace veinte años.

En algún momento habría encontrado una respuesta y habría llamado a Martha. Ella no se lo esperaría y no diría ni una palabra. Con voz desapasionada le habría comunicado el resultado de mis averiguaciones. La oiría suspirar al otro lado de la línea, una prueba sensible de la tensión que había soportado durante los últimos días. Su voz se habría suavizado como no lo hacía desde tiempo atrás. Se habría interesado por mí y me habría preguntado inmediatamente por todos estos años. Nos habríamos reído al ver que de pronto teníamos un montón de cosas que contarnos, esas pequeñas cosas que sorprendentemente son las que conforman el mundo, multitud de detalles accesorios que nos hacen felices y que, sin saber muy bien por qué, van quedando al margen de nuestra vida con el paso del tiempo.

Pero no es así, tengo que asumirlo. Me encuentro en un callejón sin salida.

Un lugar extraño, una estancia amplia, techos altos. A mi izquierda veo una pared pintada de azul. Trofeos, fotografías, un recorte de periódico enmarcado. Escayola amarillenta. Seis ventanas, una sala mediana. Oscuridad. Camas por todas partes, algunas plantas, no es mucho lo que pue-

do distinguir, pero hay un montón de gente. Tosen. Susurran. Alguien se ahoga. La madera cruje. Una figura alta se levanta y sale corriendo. Huele como huelen los hombres.

Tengo que salir de este lugar cuanto antes, pero primero debo encontrar mis cosas.

Odio despertarme en lugares extraños. Me obliga a recomponer trabajosamente la imagen que conservo de mi propio cuerpo. Siempre es difícil, pero esta vez lo ha sido aún más. Siento los párpados pegados y pinchazos en los pulmones cada vez que respiro. Voy tanteando mi cuerpo de arriba abajo. Todavía llevo puestos los pantalones y también mi reloj de pulsera, pero me falta la camiseta, me la han quitado y me han puesto una especie de vendaje en el hombro. Estoy aterrado y noto un dolor sordo en la cabeza.

Antes de pasar a esta habitación, estaba echado en otra. Era pequeña y estrecha, con dos camas colocadas una a continuación de la otra. Una mujer muy alta y muy gorda, con el cabello teñido de rubio, me trajo sopa y trató de quitarme los zapatos. «Al parecer hace una semana que llegó a la ciudad—dijo—, creemos que se ha pasado la mitad del tiempo sin dormir. A decir verdad, cuando llegó aquí nos preguntamos cuánto tiempo puede aguantar una persona sin descanso».

Recuerdo también a un hombre con un chaleco y una coleta diminuta que estuvo haciéndome preguntas en una cocina bastante grande. Debió de ser justo al principio. Los fogones estaban en el centro, como en los restaurantes. A lo largo de las paredes se veían utensilios de cocina colocados en estanterías.

—¿Sabe cuántos años tiene?

—Cuarenta y uno.

—¿Dónde nació?

—En Halle.

—¿Tiene algún documento que acredite su identidad?

—Sí.

—¿Por qué no lo lleva consigo, lo ha perdido?

—Está en mi habitación.

—¿Dónde está su habitación?

—En Wedding.

—¿Dónde exactamente? Se lo pregunto porque da la casualidad de que estamos en Wedding. ¿Sabe si queda cerca de aquí?

—No, no lo sé.

—¿Cómo se llama su madre?

—¿Debo contestar a esa pregunta?

—No. Estoy intentando que se oriente, nada más. ¿Tiene idea de cómo ha llegado hasta aquí? ¿Podría indicarme en qué mes estamos?

No supe contestar. Y no porque ignorase las respuestas, las conocía, pero no podía acceder a ellas, las palabras que necesitaba se las había llevado consigo un miedo desconocido, que se extendía dentro de mí inundando mi ser.

¿Tenía un objetivo claramente definido, una tarea concreta, cuando llegué a esta ciudad? Yo creía que sí, tal vez ése fue el motivo de mi fracaso. Tenía siete días de plazo.

Siete largos días.

Ahora debo dejar que los pensamientos fluyan, dejarles espacio. Es mejor que luchar contra la confusión. Lo único que consigo es que aumente aún más. Acabo agotado. Luego llega la quemazón en los ojos, el frío en las sienes. Des-

de las sienas fluye un torrente de indiferencia que invade mi cabeza. Ése es el peligro.

Una carrera contrarreloj. Como en el cine. Hay un objetivo que cumplir, el héroe debe salvar a alguien, se abre camino entre la multitud para llegar al tren, al banco o al teléfono. Podría conseguirlo si no fuera porque sufre todo tipo de tropiezos. Percances triviales que ponen en peligro su misión. Las carteras que están en el suelo. La cola que encuentra en el mostrador. El coche que bloquea la calle. Todo indica que ya es demasiado tarde, la situación es desesperada, pero él no se rinde y redobla sus esfuerzos. En segundo plano, la bomba está a punto de estallar, los últimos granos del reloj de arena están a punto de caer.

Debo buscar a un hombre al que no he visto desde hace veinte años, en una ciudad que supera los tres millones de habitantes. Sé cómo se llama, nada más.

Durante mucho tiempo pensé que no tendría que recurrir a él. Ni siquiera sabía que estaba vivo.

Había anotado los nombres de mis antiguos compañeros de trabajo. Estaba convencido de que me ayudarían. Nos conocemos bien. Nadie puede resistir la tentación de hablar de lo de antes.

En el hospital donde está ingresada Martha, el turno de noche acaba a las seis de la mañana. El desayuno es a las siete y las visitas comienzan una hora más tarde. Para entonces debo haber llegado a una conclusión definitiva, de otro modo sus posibilidades de supervivencia en los próximos cinco años caerán de un ochenta a un veinte por ciento. Un ochenta por ciento no está mal, es una tasa por la que merece la pena luchar.

Cierro los ojos, veo mi rostro, me llama la atención el borde encendido que hay entre el párpado y el globo ocular. Brilla como un hilo al rojo. ¿Cuándo se habrá puesto así? ¿Cuándo fue la última vez que me miré al espejo?

Otro lugar, no muy lejos, no hace mucho. Oscuridad. Una luz mortecina de color rojo. Las paredes están revestidas de madera como en una taberna. Veo una tubería de agua. Una mano me agarra el cuello desde atrás. Los botones de la camisa me oprimen la garganta. Tal vez no sea eso, sino algo diferente, frío, duro, metálico. Me empujan, resbalo sobre las rodillas y me aproximo a la taza de un retrete. Está sucia. Hay restos de un fluido verdoso, salpicaduras amarillentas que han ido dejando quienes han orinado allí, obscenas manchas negras y marrones. Miro de refilón y veo el pie del inodoro atornillado a las tablas grises del suelo. Los tornillos negruzcos se acercan cada vez más. Parecen las garras de una criatura maligna. Grito con todas mis fuerzas. Es un grito estridente, espantoso, que no me servirá de nada.

Es de noche. Un gran centro comercial con un aparcamiento en la parte delantera. Lo veo a lo lejos, a través de un gran angular, como si no tuviera nada que ver conmigo. Está pintado de blanco, se extiende sobre un talud junto a las vías de tren. Un tejado de cristal sobresale del edificio. Mi mirada, que se aproxima a una velocidad tremenda, como si se hubiera desprendido del cuerpo, como si fuera la lente de una cámara o un punto dotado de conciencia que se mueve libremente por el espacio, reconoce al instante desperdicios, excrementos de palomas e incluso marcas en el cristal.

Granito rojo. Suciedad en las calles mojadas. Huellas de pisadas. Una papelera, un guante perdido. Apoyado contra el cristal de la puerta de entrada hay alguien sentado. Tiene barba, parece estar agotado. Llega una segunda persona, se inclina sobre el hombre, lo observa de cerca. Tiene parte de un periódico sobre las rodillas y la otra parte, medio mojada, dentro de un bolsillo. Está impreso en caracteres cirílicos. «¿Puedo ayudarle?», pregunta aquel rostro. «¿Me entiende?». Lo tengo justo delante. Respira. Sonríe amablemente, tiene un hoyuelo en la barbilla. «Sí—respondo—, le entiendo. Estoy muy cansado». «¿Quiere que le lleve en mi coche a algún lugar donde pueda dormir?». Asiento con la cabeza.

Los últimos meses los he pasado en un pueblecito del sur de Alemania.

El día en que Martha llamó por primera vez, había ido al bosque con un vecino. Salimos por la mañana en un vehículo que nos habían prestado, cargamos madera, la llevamos al patio de su casa, cortamos una parte en trozos pequeños y luego amontoné la leña detrás, debajo de un tejadillo, para que pudiera secarse durante el verano. Después de mudarme me había propuesto hacer este tipo de favores una o dos veces al año. Era una forma de acercarme a quienes vivían allí.

El timbre del teléfono sonó alto y estridente, rasgando el perezoso silencio de la tarde. No dio su nombre, sabe que no debe hacerlo.

—Me han ingresado—dijo.

—Entonces es grave.

—Sí. Es grave.

En su voz se percibía un sarcasmo imposible de clasificar.

- Dime dónde estás.
- No quiero que vengas.
- Dímelo de todos modos.

Cuando colgó, me quedé de pie en el recibidor estrecho y oscuro, inmóvil como un reptil. Sentí que el pasado ascendía lentamente, desde lo más hondo, igual que asciende el nivel del agua, cubriendo mis pies, mi vientre, mi pecho y finalmente mi cabeza. Me aferré al recuerdo, traté de rememorar las últimas horas, una pequeña vuelta atrás, una manera de ganar tiempo. El vaho de la respiración en el aire aún frío de la mañana. Los dedos calientes en los guantes de trabajo. La sacudida que iba desde mi hombro hasta el hacha cada vez que descargaba un golpe, mientras cortaba leña.

En el dormitorio, en el cajón inferior del armario, guardaba papeles antiguos, certificados, mi diario. Un pase de soldador del año 1985, el permiso para conducir vehículos de más de siete toneladas y media que obtuve en el ejército, una agenda. La abrí. Nombres, números de teléfono, direcciones. Seguro que la mayor parte ya no servía.

También encontré un plano de la ciudad de Berlín del año 1991. Lo desplegué, examiné el índice de calles. Estaba en el Hospital Clínico de Neukölln, casi a las afueras de la ciudad. La angustia se me concentró en el estómago, era como una bola gris que giraba. Sentí el impulso de llamar inmediatamente para preguntarle por qué no había acudido al Hospital Universitario de la Charité, en el centro de Berlín.

La segunda llamada llegó una hora más tarde.

—¿Me oyes?

—¡Claro que sí!

—¿Te acuerdas aún de aquel camión?

El comentario llegó tan de improviso que me retiré un momento y me quedé mirando fijamente al auricular. No me había preguntado cómo estaba ni nada por el estilo, abrió de golpe la puerta del pasado, sin previo aviso. Berlín Este, 1986. Cielo azul y algunas nubes. Había tenido turno de noche. Nos encontramos sobre uno de los tejados, junto a la escalera de hierro, entre las torres de refrigeración. Tenía los nervios destrozados. «He visto escobas—dijo—, trapos y bidones con un líquido». Respiraba pesadamente y tenía manchas rojas en el cuello, sus ojos brillaban húmedos, en ese momento me pareció muy hermosa.

—¿Sabes cuánto tiempo pasé dentro?

—¿Dos, tal vez tres horas? Te fuiste con Rakowski al principio de la tarde. Se había ofrecido a llevar un viejo baúl de tu madre.

—No, fue más tiempo.

—¿Qué quieres decir con... más tiempo?

Ella guardaba silencio.

La sensación de que el mundo en el que uno vive comienza a desmoronarse se anuncia con un súbito chasquido que recorre toda la superficie de la piel. Esta idea volvió a pasar por mi cabeza en aquel momento. No es más que un leve crujido, imperceptible para los demás. Lugares, ideas y opiniones que hasta entonces nos eran familiares desaparecen y nos encontramos de nuevo donde estábamos al principio, un principio que se sustrae a cualquier recuerdo concreto. Eso fue lo que me sucedió a mí. El tiempo que había pasado desde entonces quedó de repente en nada. Siempre había estado allí, nunca había dejado de estar en la nada.